

¿Sueñan los traductores con ovejas eléctricas?

La IA y la traducción literaria

JOSÉ FRANCISCO RUIZ CASANOVA

¿Sueñan los traductores con ovejas eléctricas?

La IA y la traducción literaria

CÁTEDRA *+media*

Directora de la colección: Pilar Carrera

1.ª edición, 2023

Ilustración de cubierta: © Riki Blanco

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© José Francisco Ruiz Casanova, 2023

© Ediciones Cátedra (Grupo Anaya, S. A.), 2023

Valentín Beato, 21. 28037 Madrid

Depósito legal: M. 23.685-2023

I.S.B.N.: 978-84-376-4668-8

Printed in Spain

Por qué sí y por qué no

The electric animal, he pondered, could be considered a subform of the other, a kind of vastly inferior robot. Or, conversely, the android could be regarded as a highly developed, evolved version of the ersatz animal.

PHILIP K. DICK

Los libros nacen de las más diversas circunstancias y por las más diversas razones; pero detrás de unas y otras siempre hay un elemento que actúa como fulminante, y que no es otro que la lectura de otros libros, de otros textos. Este libro es hijo de sus propias circunstancias y está sostenido por sus propias razones. Quizá anticiparlas ayude al lector, o le proporcione materia para el libro que en un futuro él mismo escriba¹.

Hace ya algo más de una década, en otro libro mío sobre traducción y literatura comparada, dejé caer unas anotaciones que no tenían continuidad alguna en el resto del volumen. Las reproduciré aquí:

Deberíamos vincular, pues, de nuevo y esencialmente, la traducción con la teoría de la comunicación. Desde, por no remontarnos muy atrás en el tiempo, la pri-

¹ En el caso de estas páginas, un curso de verano titulado «El creador y la obra», UC3M y Círculo de Bellas Artes de Madrid, 20-24 de junio de 2022, fue, de algún modo, la causa que me llevó a adentrarme en el tema de la relación entre traducción e inteligencia artificial.

mera Guerra del Golfo, desde el acceso universal a la Red y la ocupación globalizada de la telefonía vía satélite, desde hace más o menos cuatro lustros, cuanta mayor es la cantidad de información que recibimos o más inmediato su acceso a ella, más reiterativa e indiscriminada se vuelve, y más precisamos —y gozamos— de su reiteración. Traducir, a diferencia de este *nuevo mundo*, sigue siendo una actividad creativa que se realiza a solas y que nunca repite sus pasos, de ahí la tentación de formular una teoría, de atraparla en unos códigos, y de ahí, también, la objetualidad a que se destinan los discursos que pretenden explicarla sobre tesis de *recelo* o de *sospecha*. Para Ricoeur, parafraseando el título de Benjamin, «la tarea del traductor no va de la palabra a la oración, al texto, al conjunto cultural, sino a la inversa».

El mundo que está por venir cada vez se parecerá más a la fantasía futurista de Philip K. Dick, esa metrópolis en la que confluyen *seres reales y versiones*, «como una babel indigente de cinco continentes y siete mares que bulle abajo y habla *desperanto*, impenetrable mezcla de inglés, español, chino, japonés y, ¡sorpresa!, el holandés errante, errando aún más esa *lingua franca* y frenética». Por un lado, el sueño de la lengua única; por otro, como recoge de pasada Ricoeur, «la búsqueda de unidad», la idea de los «códigos *a priori*», ese *tercer texto* o *tertium comparationis* que certifique la legitimidad de la traducción².

² *Dos cuestiones de literatura comparada: traducción y poesía, exilio y traducción*, Madrid, Cátedra, 2011, pág. 55.

Más recientemente, en 2020, regresé, ya con más interés y atención, a aquello que había insinuado diez años antes; y sostenía, todavía de manera *humana*, esta tesis:

Parece, pues, que la utopía de *un mundo sin traducción*, o donde la traducción sea automática, simultánea, inmediata, precisa, y que no requiera la participación humana sino que sea asistida por una máquina o dispositivo informático, está lejos de cumplirse, sobre todo si de traducción literaria hablamos³.

Aun cuando, en páginas posteriores, sentía ya el escalofrío de estar acercándome a una realidad, si no negada, quizá aplazada⁴.

Hasta aquí, y ahora, mis incursiones en el mundo de la traducción, tanto en su vertiente académica como en la práctica, se han ubicado, principalmente, en el ámbito de la traducción literaria: en el primer caso, como historiador

³ *Traducir la Traducción*, Madrid, Cátedra, 2020, págs. 44-45.

⁴ Véase el capítulo 1 de la primera parte, titulado «¿Un mundo sin traducción?» (págs. 41-47), donde, entre otras cosas, experimentaba con Google Translate para la traducción de los tres primeros versos del poema «Burnt Norton», de T. S. Eliot. Esta reflexión tenía su correspondencia en los capítulos «El traductor y la Wikipedia» y «Google Translate y otras ilusiones ópticas» (págs. 155-165), donde hice lo mismo con un fragmento del comienzo de *Pride and Prejudice*, de Jane Austen. El tema, como se verá, continúa ahora en el capítulo que sigue a este prólogo.

de la traducción en España⁵; en el segundo, como lector (y traductor) de algunos poetas de mi interés⁶. No obstante, si bien es cierto que la mirada hacia atrás es precisa y necesaria para todo aquel que quiera entender quién es —quizá pudiera ser esta también una interpretación válida para el mito de Orfeo⁷—, no menos cierto es que la inquietud de *lo que vendrá* es motor del ser humano en su cruzada por el conocimiento. De modo que, en territorio como el de las beneméritas Humanidades, creo firmemente que nuestra posición debe estar a caballo de la herencia que retomamos como propia y del legado que proyectamos y que, como tal, deberá resultarnos ajeno.

Toda esta reflexión sobre la relación entre las Humanidades, la identidad cultural y el tiempo viene a colación de la última de las circunstancias que han impulsado, de manera etimológicamente *fatal*, la escritura de este libro. Y, como siempre ha ocurrido, y ocurrirá, la escritura se alimenta de lecturas. En mi caso, y en el caso de estas páginas, del impacto (*fucilazo*, diría el poeta) provocado por la

⁵ *Aproximación a una Historia de la Traducción en España*, Madrid, Cátedra, 2000; y *Ensayo de una Historia de la Traducción en España*, Madrid, Cátedra, 2018.

⁶ Me refiero a mis traducciones de relatos, ensayos y poemas de Aleister Crowley, de la *Poesía completa* de Edgar Allan Poe o de una selección de poemas de William Butler Yeats.

⁷ Pierre Brunel, «Las vocaciones de Orfeo», en Bernadette Bricout (comp.), *La mirada de Orfeo. Los mitos literarios de Occidente*, trad. de Gemma Andújar Moreno, Barcelona, Paidós, 2002, pág. 77: «Orfeo constituye una figura de la civilización frente a la barbarie».

lectura del libro de Mark Coeckelbergh *Ética de la Inteligencia Artificial*⁸.

Las páginas que siguen no son resultado de un oráculo ni aviso para navegantes: el espacio de la Inteligencia Artificial va ampliándose hacia todas aquellas actividades que, hasta hace no mucho, considerábamos *puramente humanas*. Lícito es preguntarse, pues, o reflexionar sobre la IA y la traducción; o, para ser más precisos, la IA y la traducción literaria, ese último reducto de mohicanos que consideran (consideramos) que la médula tan humana de la literatura nunca podrá ser desentrañada por una máquina. ¿Ciertamente seguimos creyendo esto? Y si para nosotros todavía es válida esta homilía, ¿por cuánto tiempo podrá seguir siendo la religión de todos los traductores literarios? ¿Es la traducción literaria una profesión, una *aldea gala*,

⁸ *AI Ethics*, Cambridge (MA), The Massachusetts Institute of Technology, 2020 (*Ética de la Inteligencia Artificial*, trad. de Lucas Álvarez Canga, Madrid, Cátedra, 2021). Quizá tres de las introducciones clásicas, principales y recientes sobre la IA, su historia y sus aplicaciones sea la obra de Margaret A. Boden, *AI: Its Nature and Future*, Oxford, Oxford University Press, 2016 [trad. española: *Inteligencia artificial*, trad. de Inmaculada Pérez Parra, Madrid, Turner, 2017], y dos libros de Jerry Kaplan, *Artificial Intelligence. What Everyone Needs to Know*, Oxford, Oxford University Press, 2016 [trad. española: *Inteligencia Artificial. Lo que todo el mundo debe saber*, trad. de J. C. Ruiz Franco, Zaragoza, Teell, 2017], y *Humans Need Not Apply. A Guide to Wealth and Work in the Age of Artificial Intelligence*, Yale Univ. Press, 2015 [trad. española: *Absentarse humanos. Guía para la riqueza y el trabajo en la era de la inteligencia artificial*, trad. de Sara Arilla, Zaragoza, Teell, 2016].

que está a punto de ser asaltada por la civilización bárbara de la cibernética y de transformarse parcial o totalmente? Estas son algunas de las cuestiones que este libro se plantea. O plantea.

Este capítulo comienza con una cita de un clásico de la ciencia ficción, la novela de Philip K. Dick *Do Androids Dream of Electric Sheeps?* (1968), un referente cultural del ciberpunk que tuvo una segunda vida en la película *Blade Runner* (1982), inspirada de forma libérrima en la obra de Dick. La frase en cuestión, una de las muchas en las que en la novela se habla de las *ovejas eléctricas* o animales replicados, podría traducirse, si fuese Google Translate (GT) el que se hiciera cargo de la versión, como sigue:

El animal eléctrico, pensó, podría considerarse una subforma del otro, una especie de robot muy inferior. O, por el contrario, el androide podría considerarse como una versión altamente desarrollada y evolucionada del sucedáneo de animal.

O, de esta forma, que evita el error del último sintagma, *afina* aún más la precisión léxica y la estructura de la frase, y nos devuelve una versión inquietantemente *humana*, la que proporciona DeepL⁹:

⁹ Advierta el lector que, para esta ilustración, se ha utilizado la versión gratuita de DeepL Translate (<https://www.deepl.com/es/translator>), la cual, frente a la versión Pro (y de pago), excluye algunas herramientas y opciones. Basta ojear la historia de DeepL en la socorrida Wikipedia

El animal eléctrico, reflexionó, podría considerarse una subforma del otro, una especie de robot muy inferior. O, a la inversa, el androide podría considerarse una versión altamente desarrollada y evolucionada del animal sucedáneo.

De la distancia que ya hemos recorrido, hoy mismo, en 2022, entre opciones como *pensó* frente a *reflexionó*, *por el contrario* o *a la inversa*, entre la eliminación o no (en la traducción) del equivalente de *as* (en el original), o, para terminar, la resolución del último sintagma nominal, de todo esto tratan las páginas que siguen a estas. Y, para que

para leer en su entrada lo que sigue: «El servicio utiliza un algoritmo propio con redes neuronales convolucionales (RNC) que han sido entrenadas con la base de datos de *Linguee*. Según los desarrolladores, el servicio utiliza una arquitectura de redes neuronales más nueva y mejorada, que da como resultado un sonido más natural de las traducciones en comparación con los servicios de la competencia. Se dice que la traducción se genera con un superordenador que alcanza los 5.1 petaflops y que funciona en Islandia con energía hidráulica. En general, las redes neuronales convolucionales son algo más adecuadas para secuencias de palabras largas y coherentes, pero hasta ahora no han sido utilizadas por la competencia debido a sus debilidades en comparación con las redes neuronales recurrentes. Las debilidades en DeepL se compensan con técnicas complementarias, algunas de las cuales son conocidas públicamente». En mayo de 2022, DeepL, que se lanzó en agosto de 2017 con servicio en siete lenguas, había alcanzado ya veintiséis: alemán, búlgaro, chino (simplificado), checo, danés, eslovaco, esloveno, español, estonio, finlandés, francés, griego, húngaro, indonesio, holandés, inglés (americano y británico), italiano, japonés, letón, lituano, polaco, portugués (brasileño y europeo), rumano, ruso, sueco y turco.

no quepa duda alguna de la importancia que está adquiriendo el tema, copiaré dos versiones *humanas* de la frase elegida:

Un animal eléctrico era una forma inferior, un robot de menor calidad. O a la inversa, un androide era una versión altamente desarrollada del pseudoanimal¹⁰.

El animal eléctrico, reflexionó, podía considerarse una subforma del otro, una especie de robot muy inferior. O, recíprocamente, podía considerarse al androide como la versión desarrollada de un animal falso¹¹.

En un mundo para el que ya hemos escrito, consciente o inconscientemente, su Prólogo, algunas certezas han cambiado de signo o, simplemente, se han redefinido. Una de estas certezas es, sin duda, el concepto de *valor*, de *lo valioso*. La era postmercantil no solo ha conllevado la invención de monedas virtuales que incluso cotizan en Bolsa, aun cuando nadie sepa bien cuál es el valor material que respalda el valor que les hemos atribuido. Para sumar algunas cuestiones más a dicho Prólogo, la pandemia de 2020 supuso nuevos cambios en la percepción del valor y de la realidad material de las cosas que formaban parte del uni-

¹⁰ Es una traducción chilena que circula por la Red: <https://www.philosophia.cl/biblioteca/dick/runner.pdf>.

¹¹ Y esta, debida a Miguel Antón, que lleva publicándose desde 2017 en la editorial Minotauro, aun cuando su primera edición, en otro sello editorial, data de 2012.

verso del trueque, de un sistema tan antiguo como la propia civilización¹².

Hace más de veinte años, en un pueblo del oeste de Islandia, en concreto en Stykkishólmur, me hallaba hospedado en un hotel en cuyo salón de ceremonias se celebraba

¹² Y no solo esto, sino que, como veremos, el confinamiento que, según diversas fórmulas, decretaron muchos países implicó que los ámbitos productivo-laborales, educativos y otros pasaran de la presencialidad a la virtualidad. Aplicaciones como *Meet*, *Zoom*, *Collaborate*, *FaceTime*, *Whatsapp* y otras fueron las herramientas informáticas utilizadas en el nuevo (o casi universal) teletrabajo, así como las plataformas en las que se sustentaron instituciones como la educativa, la sanitaria o la judicial. Un inmenso tsunami de datos invadió de manera exponencial, y en total sincronía armónica, el mundo virtual a partir de su emisión desde el mundo real. Las consecuencias de esta revolución forzosa (en el trabajo, en la educación, en la sanidad, en los transportes y viajes) todavía hoy se advierten; de algún modo, la comunicación virtual ha ocupado un espacio infinitamente mayor que el que tenía antes de 2020, y todos los que participamos o hemos participado de ella hemos contribuido con miles de millones de datos a una Red cada vez más grande, más inmediata y más universal. Como cree Yuhal Noah Harari, en sus *21 lecciones para el siglo XXI* [trad. española de *21 Lessons for the 21st Century* (2018), a cargo de Joandomènec Ros i Aragonès], en *Obra completa*, Barcelona, Debate, 2019 [e-book], pág. 883: «Los humanos nos asemejamos a otros animales domésticos. Hemos criado vacas dóciles que producen cantidades enormes de leche, pero que en otros aspectos son muy inferiores a sus antepasados salvajes. Son menos ágiles, menos curiosas y menos habilidosas. Ahora estamos creando humanos mansos que generan cantidades enormes de datos y funcionan como chips muy eficientes en un enorme mecanismo de procesamiento de datos, pero estos datos-vacas en absoluto maximizan el potencial humano».

una boda. Recuerdo perfectamente el *choque cultural* que, entonces, me supuso ver cómo los invitados se acercaban a la barra del bar para pedir sus consumiciones alcohólicas —que, al parecer, no formaban parte del ágape nupcial— y pagaba cada uno de ellos su consumición con un ejército de tarjetas plásticas de crédito que, perfectamente alineadas como soldados en una parada militar, iban pasando una tras otra por el datáfono del camarero. Aquel episodio, que formaba parte ya entonces de la vida cotidiana de los islandeses, ha ido avanzando hasta convertirse, tras la pandemia, en imagen habitual de nuestras transacciones: desde un café para llevar, en vaso de cartón reciclado, hasta cualquier compra *presencial* o *virtual* de las muchas que son operadas a diario en todo tipo de comercios. El dinero (las monedas, el papel) prácticamente ha desaparecido, y nosotros, los compradores, vamos dejando un rastro luminiscente de nuestros pasos, de nuestra ubicación, de nuestras preferencias y de nuestros deseos, rastro que es registrado, catalogado, procesado e identificado, bien mediante el número de nuestra tarjeta bancaria, bien mediante nuestro número de telefonía móvil; pues, en aras de la conciencia ecológica, hasta el plástico de las tarjetas está siendo sustituido por el *smart-payment* o contacto de dos dispositivos que se hablan: un teléfono y un datáfono¹³. La

¹³ Días después de escritas estas páginas, un reportaje en la prensa firmado por Juanjo Becerra y titulado «Por qué vas a dejar de “pagar” tus compras» recogía las declaraciones de la directora de Pagos Digitales de una de las mayores empresas crediticias, en las que abogaba por el pago